



Celso Román: el oficio de relatar el universo

JORGE H. CADAVID

LA INFANCIA

El recuerdo más temprano es el de un niño de tres años sentado en la piel de un jaguar que había cazado el tío Alberto Campos, en alguna remota selva colombiana. Mi padre, Gustavo Román Bazurto, tomó la fotografía con una cámara que se adosaba contra el pecho para enfocar la imagen y hacer que ocurriera la magia de detener el tiempo en un papel y con él mi primera memoria de la vida.

Página anterior:
Niño en jaguar.

Era en la casa de la abuela Verónica en Ibagué. Allí había un patio soleado, con helechos de donde salían alacranes que morían destripados por las chancletas de las tías en el ajedrez de los baldosines. Había también una gran jaula con pájaros negros de pecho amarillo llamados toches, que cantaban alegres a pesar de la prisión. Me sentaron sobre el cuero en medio de la mañana y mis manos pequeñas percibieron la piel manchada, como pintada por los dioses artistas para establecer el juego del mimetismo de la fiera muerta.

Sentí entonces los follajes que el jaguar había recorrido, los ríos, la sangre, la fuerza de ese rey de la manigua destronado por mi tío el cazador. Percibí el dolor de la vida perdida, el sacrificio de la obra de los espíritus del bosque.

“El niño se puso a llorar, a lo mejor se asustó con el cuero”, dijeron y me quitaron de ahí, pero la fotografía quedó tomada unos instantes antes de las lágrimas. Seguí siendo un pequeño más bien retraído, débil y enfermizo, casi arrebatado por la muerte debido a una disentería en una agonía de la cual salí con el ojo izquierdo estrábico para siempre, perdida la mitad de la percepción del mundo, pero acaso abierta para mirar otros universos que están dentro de éste.

Retornábamos al Tolima casi siempre en Navidad, para descubrir un mundo lleno de maravillas y misterios en las proximidades del parque del Centenario, por donde corría un riachuelo lleno de peces diminutos, inquietos y coloridos, frente a una cueva donde asustaba el espíritu de un fraile sin cabeza. Desde el pasillo embarandado que comunicaba las habitaciones de la parte trasera de la casa se veía un lote donde un hombre cultivaba hortalizas, y era otro regalo de la vida contemplar cómo los surcos de tierra negra se llenaban de verde, y nadie más sino yo podía ver el milagro de las plantas creciendo segundo a segundo de un día para otro.

A veces nos llevaban a Rovira, un recuerdo de casas blancas con patios enormes a los cuales se accedía por un pasillo donde se resbalaban las mulas de grandes ojos



A caballo en Rovira.

asustados y donde en las noches de luna llena los hombres salían a cazar armadillos. A media mañana las bestezuelas llegaban prisioneras en mochilas de fique, como dragones capturados cuyas uñas salían por entre el tejido basto del costal. Los llevaban para que el tío Alejandro —a quien llamábamos Alex—, que padecía asma, bebiera en ayunas un vaso completo de esa sangre fresca. Las cacerías eran a caballo, y ahí está mi fotografía, tal vez de seis o siete años, en una de esas cabalgaduras estragadas por la noche de caminar en las montañas.

En las noches de esos tiempos escuché las primeras atroces historias de la Violencia que aún perdura, y que en ese entonces obligó a los parientes a emigrar a la capital.

Después, a finales de los años cincuenta, mi padre compró una de las parcelas en lo que había sido el ingenio azucarero de San Antonio, en el valle de un río con un nombre mágico: Calandaima, entre Apulo y Viotá, hacia el suroccidente de Cundinamarca. Era una tierra que se veía como un inmenso prado verde desde las montañas de la cordillera de Peñas Blancas; allí quedaba Pekín, la hacienda cafetera donde había nacido la familia de mi padre, los nueve hijos del general Celso Román y de su esposa, Frankelina Bazaruto.

Era un lugar lleno de magia, adonde se llegaba por empedrados caminos de herradura, transitando entre cafetales sombríos —una selva de árboles frutales y maderables que reemplazaron los bosques originales del aguerrido pueblo de los panches—. Durante las vacaciones nos recibían en el pueblo de Viotá y desde allí subíamos a caballo hasta las viejas haciendas donde todo era una aventura. El edificio de secar el café era un castillo de cuatro plantas, siempre tibio, desde cuyo último piso, en un día claro, se podían divisar a lo lejos los pueblos de La Mesa, Mesitas del Colegio, Viotá y Tocaima. Los cafetales eran una manigua por donde me encantaba seguir a mi padre con su escopeta Winchester de dos cañones, calibre 16, y nunca podré olvidar el retumbar del disparo, el olor de la pólvora, el plumaje todavía tibio de las guacharacas, o la piel manchada de las borugas y de los ñeques que cazaba.

LOS MIEDOS

Tal vez mi contacto con la fantasía se inició cuando, después de la cena en la finca de la cordillera, o en la casita de El Caracolí —como llamó mi padre a su tierra por los inmensos árboles de ese nombre que todavía están de pie a la orilla del río Calandaima—, alguien nos contaba cuentos, y eso en la infancia es un tesoro. A veces las tías relataban las historias macabras de la Patasola, el Mohán, el Hojarasquín del Bosque, la Muelona o la Llorona, haciéndonos erizar la piel con un delicioso terror, o algún trabajador como el Negro Santiago, en noches de luna llena refería las aventuras de Pedro Rimalas, que siempre terminaban con un “...entonces, él se quedó y yo me vine a contarles la historia... y la acabo de contar”.

Mirando en perspectiva creo que la infancia me permitió vivir el mundo desde la ensoñación, pues los nueve hermanos éramos una tropilla de niños atentos al descubrimiento de escarabajos tornasolados, cangrejos en el río, culebras en el guadual, perdices y conejos en el rastrojo de los potreros. En ese lugar encantado fuimos los naufragos que levantaron una casa en un árbol, o piratas en un río transformado en el mar, que asaltaban una roca convertida en castillo, o una tribu cheyene de las praderas, e incluso una banda de vikingos persiguiendo dragones en medio de una platanera que para nosotros era el bosque de las valquirias.

Pero, sobre todo, tuvimos contacto con el milagro de la vida cuando nos levantaban temprano, en amaneceres llenos de rocío y neblina para que viéramos el potro recién nacido, hijo de la yegua Pelusa, o el ternero que la vaca Campana había parido durante la noche. Hasta hace pocos años en ese lugar me emocionaba el germinar de las semillas y la maduración de los frutos en los viejos árboles sembrados por mi padre, un placer perdido cuando la violencia que aqueja al país nos obligó a abandonar esa tierra, en el mismo proceso que hace casi siete décadas forzó a los abuelos a salir de sus querencias.

Yo era un niño que soñaba fácilmente, tal vez porque era débil —tenía un retraso en el crecimiento y para la edad que tenía, siempre parecía más pequeño— y mi defecto visual, una ambliopía ex-anopsia, o estrabismo, nunca me permitió ser hábil en los deportes.

Empecé a refugiarme en la lectura como un ermitaño en una cueva llena de manuscritos. Mi padre siempre tuvo una biblioteca que a mí se me antojaba un universo en el que había poesía, novelas, manuales de ciencia veterinaria, libros sobre los toros de lidia, los caballos de carreras y los gallos de pelea, e inicié la exploración de un firmamento en el cual se pasaba de Pierre Loti y Ling Yutang al Quijote y los hermanos Karamazov, y de Proust, Neruda, Gabriela Mistral y Balzac a un compendio de construcción de cabañas en madera, *Los cazadores de microbios*, del doctor Paul Henry de Kruif, los libros de ciencia equina o hipotecnia, cuentos sobre tauromaquia y cacería, hasta las plantas forrajeras y la tristeza de los bovinos. Los libros contribuyeron a moldear sueños y, sobre todo, a soportar la difícil y casi desastrosa experiencia que fue el colegio.

La debilidad física me acercó varias veces a la muerte, y desde ese tiempo me quedaron grabadas una serie de pesadillas que de vez en cuando retornan, como una de esas fiebres recurrentes que asolaban a los exploradores del siglo XIX. Era un pequeño que lloraba a solas contra la luz azulosa del televisor Emerson diciendo que me iba a morir, porque el doctor Albornoz, el médico de la familia, había



Abuelo Celso Román.



Mi abuelo Celso y mi padre Gustavo.

dictaminado que tenía una peritonitis aguda: “El niño debe ser operado de inmediato, y si en 48 horas no reacciona, ya no hay nada que hacer”.

Me recuerdo preso de una fiebre espantosa diciéndole a mi mamá que yo veía salir fieras de debajo de la cama —aparecían jaguares, se escabullían pumas, reptaban caimanes, culebras e iguanas, y se deslizaban zorros y tigrillos— como si en esa habitación de la casa de la carrera 31 con calle 71-A, en el barrio Los Alcázares, se hubiera abierto una tronera en el espacio tiempo donde la muerte me mostraba todo lo que me gustaba, y que hacía poco había visto en el libro del explorador Édouard François André, quien también se asomó por ese ventanuco, y llevaba sus enormes espuelas de plata, su sombrero alón y los zamarros de piel de jaguar con los cuales había recorrido la América equinoccial recopilando especímenes para la ciencia del siglo XIX.

Desde entonces, y durante muchos años, había momentos en que algo muy raro sucedía con mi sistema visual, porque de repente las cosas disminuían de tamaño, la perspectiva se distorsionaba como si el cristalino de mi ojo bueno se convirtiera en una lente de gran angular y todo se alejaba: “mamá, estoy viendo chiquito”, decía angustiado porque esa era la señal para que empezaran a aparecer las bestias de mis pesadillas, que se incrementaron cuando en el teatro Tirso de Molina, en la calle 69 abajo de la carrera 19, fuimos con mi hermano Tavo a ver un cine doble excelente: *20.000 leguas de viaje submarino* y *las Aventuras de Tarzán*, con Johnny Weissmuller, pero lo espantoso fue que dieron los avances —“trailers”, decíamos nosotros— de una película de Frankenstein y otra de unos invasores del espacio que se le metían a la gente cuando se quedaba dormida, y desde entonces entró el terror de lleno en mí.

Fue una leve conspiración del miedo, porque si me dormía se apoderarían de mí los extraterrestres, y con el cansancio empezaba a ver chiquito, se alargaba el campo visual y venían las bestias, perseguidas por el Frankenstein que acababa de despertar, despabilado por la energía del rayo. Sobreviví de milagro, y aún tiemblo con Drácula, el Exorcista, los vampiros y toda esa clase de engendros.

LOS JUEGOS

Tal vez fue debido a mi estrabismo y a mi natural debilidad que durante la infancia nunca fui buen deportista, ni tuve la suficiente habilidad para los juegos de grupo o de equipo. Me fallaron siempre los cálculos al lanzar un balón hacia la cesta de un tablero de básquetbol, o al recibirlo en un partido de fútbol o de voleibol. Nunca fui capaz de batear bien o de recibir con pericia una pelota de béisbol, mientras que mis hermanos y los compañeros de juego en el colegio o en el barrio eran extraordinariamente hábiles en todas las competencias de cualquier deporte.

En el barrio Los Alcázares, una comunidad creada por el Instituto de Crédito Territorial para dar casa a familias de la clase media, por lo general con muchos hijos, la carrera 31 entre calles 71-A y 72, hervía con una multitud de niños y de jóvenes en los tiempos de vacaciones o durante los fines de semana. Allí se practicaban los deportes de grupo en los cuales yo brillaba por mi ausencia, pues siempre fui víctima de balonazos en un juego llamado “quemados”, entre dos equipos, y que consistía en ponerse delante de una línea en medio de la calle, para ser literalmente fusilado por disparos hechos con una pelota de plástico azul que dejaba impresos en el cuero de la víctima las letras del abecedario. Todavía debo tener esos tatuajes en la piel del alma.

El otro juego era el “cuclí de tarro”, en el cual un buscador contaba hasta quinientos de diez en diez y los demás se escondían. Cuando salía a buscar, corría hasta un tarro de galletas o de leche en polvo —la abundancia de críos facilitaba su consecución— y dando tres golpes contra el suelo decía la fórmula ritual: “un, dos, tres, cuclí por fulano o fulana de tal que está escondido entre los pinos del antejardín de la casa de los Nieto”, y así poco a poco se iban recogiendo los escondidos. Pero si antes del final alguno lograba ganarle en la carrera al buscador, o escabullirse sin ser visto para darle una patada al tarro, todos tenían la posibilidad de volver a esconderse y el juego volvía a empezar. Cuando a mí me correspondía buscar siempre me pateaban el tarro y el trasero del alma, de manera que parecía ser un esclavo del juego. Un día, a la quinta vez que me habían mandado el tarro al fin del mundo, cuando todos estaban escondidos, me escabullí a la casa y me metí debajo de la cama. Todavía debe haber niños escondidos en los antejardines esperando que yo los encuentre y les diga “un, dos, tres, cuclí por fulano de tal”. Que me esperen, que yo todavía estoy escondido debajo de la cama.

Pero cuando se trataba de jugar solo yo sí podía entenderme conmigo mismo. Me gustaba pasar las horas de las vacaciones como el colonizador de una isla, pues vivía como si yo fuera el protagonista, las aventuras de los *Náufragos del Liguria*, *Robinson Crusoe*, y los libros de Enid Blyton, tratando de sobrevivir en condiciones adversas, pues en esos tiempos de la infancia así sentía la vida.

Yo podía convertir un montón de arena de construcción en una isla con habitaciones, cultivos y corrales, bosques, puentes, muelles, torres de observación y murallas para la defensa. Esa situación me vuelve a la memoria cada vez que hago un

pesebre navideño o levanto un castillo de arena en una playa. Me quedan bonitos, y acaso fue así como se despertó y se evidenció poco a poco una habilidad manual para el dibujo y la escultura, que siempre han ido al lado de la literatura.

Yo podía mirar la naturaleza. En el patio de la casa teníamos conejos, alguna vez curies y conejillos de indias —cobayos—, que yo podía observar durante horas y horas. Yo vi bostezar un conejo de puro aburrido, y en ese patio de la casa de Los Alcázares, donde siempre hubo un árbol de brevo, una huerta cultivada por mi padre y flores permanentes cuidadas por mi madre, uno podía ser una especie de Édouard François André, el naturalista que dio testimonio de la riqueza natural de nuestro mundo.

Mucho tiempo después —y con el pretexto de que era para mis hijas María José y Valentina Fabia—, tuve un gran acuario con peces nativos, pero en verdad era una especie de pantalla tranquilizante con restos de naufragios, un cofre de pirata lleno de tesoros, y antiquísimas ruinas construidas por mí, como el testimonio de una Atlántida perdida. Frente a ella pasaba horas enteras simplemente mirando el desplazamiento de los peces por su pequeño mundo.

Ese universo desapareció del todo cuando fallaron los sistemas de aireación del acuario, y al regresar de unas vacaciones largas encontramos un espectáculo atroz: las aguas verdes, todos los peces muertos, flotando inflados boca arriba, como en una imagen apocalíptica del fin del mundo natural. Nunca más volvimos a tener acuario, pues consideramos una ofensa irreparable hacia la vida esa muerte de la vida acuática.

LOS AMIGOS

Estoy convencido de que los niños en los primeros años de vida repetimos la historia de la humanidad, y en la escuela primaria todos vivimos la etapa de la tribu primitiva, fuimos parte de la horda primigenia que pretendía conquistar el mundo y explicarlo mágicamente mediante el mito de creación, y apropiarlo con adivinanzas que son capaces de llenar la naturaleza de magia. Pero también es una etapa en la cual la fuerza garantiza el poder. La pandilla escolar es el clan primigenio, con un macho dominante que se encarga de apalear a los débiles, y yo era parte del bando de los perdedores.

Fue por eso que casi no tuve amigos, y si los tuve fueron muy pocos. Los del barrio —los Ulloa, los Nieto, los primos Pardo— quedaron en el libro *Entre amigos*, especialmente Uto —se llamaba Carlos Augusto Medina, pero le decíamos Uto—, y Mario Humberto Arenas Ardila, con quienes teníamos un laboratorio de investigación en el sótano de la casa, y soñamos con un futuro que ahora, en la perspectiva de los años, no nos salió tan acorde con los sueños de la infancia.

En el Colegio Emmanuel d'Alzon puedo decir que pasé por la primaria y el bachillerato formando parte de un grupo enorme de compañeros de clase, pero acaso con sólo dos o tres amigos: Menestrey, Juan Manuel Bejarano, el Cusumbo, y Felipe Ulloa.

Con el tiempo aprendí que la debilidad es una fuerza y que la imaginación tiene alas cuando encuentra un espacio donde expresarse: sucedía al retornar de las vacaciones, cuando el profesor Rafael Aramendiz, nos pedía escribir un texto acerca de lo que habíamos hecho en ese tiempo feliz. Allí rendía frutos la palabra en una



Familia Román Campos.

mezcla de fantasía e imaginación cuando le ayudaba a mis compañeros a hacer esa tarea que parecía tan desagradable a quienes sabían meter goles y ganar carreras. La literatura me permitió ocupar un lugar en la tribu, pues los fuertes de la horda venían con humildad a pedirle a este débil que “les ayudara con la redacción”.

El profesor Rafael Aramendiz, con la sensibilidad suficiente para entender que una vocación por la palabra empezaba a nacer, me dejó escribir, balbucear unos primeros textos que tenían la misma impronta: imaginación desbordada, mundos soñados, aventuras inverosímiles. Él sabía que yo no sabía que él sabía que yo hacía las tareas a los duros de la horda, y nunca dijo nada. Quizá a eso se deba que yo sea hoy escritor.

Más tarde, en la Universidad Nacional, encontré un maravilloso grupo de amigos con quienes compartimos momentos tristes y, sobre todo, instantes de alegría que iluminan la vida, me refiero al gordo Leonel Rodríguez, mi compadre, el flaco Gerardo Renjifo, a Jorge Velosa, el carranguero, Alberto Motta, Alexis Forero, el popular Alekos, el artista, cuentero e ilustrador de algunos de mis libros, quien ahora vive en Barcelona, y otros que se llevan en el corazón pero hace rato no veo: Orlandito Saavedra, César Bermúdez, Armando Ardila y Robertico Almanza. Sin darnos cuenta, nos desperdigamos por el mundo, acaso como hojas llevadas por el viento.

LA FAMILIA

Mi padre nació en la Hacienda de Pekín, allá en el piedemonte de la cordillera de Peñas Blancas, y fue un niño que heredó del abuelo Celso el amor por la aventura, la cacería, los caballos y los toros. Dicen que el viejo “se paraba erguido y recio como un botalón para recibir los toros bravos”, y fue uno de los veteranos de la Guerra de los Mil Días (1899-1902), que llegó a ser el Comandante en Jefe de las Guerrillas Liberales del Tequendama, el territorio cundinamarqués que abarca desde Soacha hasta Girardot, con el grado de General —reconocido por el Gobierno después de la conflagración—.



Muelle de Chicago.

Tuvo fama de ser jinete extraordinario, y además un excelente cazador con su escopeta alemana de dos cañones calibre 16 y un pequeño cañón para balas 22, usada en disparos a larga distancia, y se dice que le daba en el codillo a un venado acorralado por los perros al otro lado de uno de los valles de la cordillera.

Desde niño mi padre era el encargado de llevar torcazas y perdices para las “comitivas” o almuerzos infantiles que hacían sus hermanas Merceditas, la Monita Leonor, la Negrita Elba, la dulce Alicia y la feliz Ninokita, que después fue mi madrina, y quien me regaló una trampa para capturar sueños, como aparece en el libro *Entre amigos*.

Los hermanos de mi padre siguieron diversos caminos: Eduardo fue a la Escuela Militar y llegó a tener el grado de Coronel de Caballería, Enrique ingresó a la Escuela Naval y se retiró con el grado de Capitán de Navío. Al tío Rafael le decíamos “Rafico” y fue la persona más encantadora que yo haya conocido, no sólo por su simpatía y buen humor, sino porque hizo de su vida una aventura y pasó por todos los oficios, desde arriero hasta vigilante y oficinista sin perder jamás la sonrisa. Mi padre, con su amor al campo y a la vida, estudió Medicina Veterinaria en la Universidad Nacional, donde fue líder estudiantil y posteriormente dirigente de su gremio y creador de la Asociación de Médicos Veterinarios.

Recién egresado de la Facultad, uno de sus primeros empleos fue en la Granja Departamental de La Picota, por el Camino de Usme, donde conoció a Helena Campos Bonilla, mi madre. Le decían la Nena, y era maestra normalista graduada en Ibagué, y también recién egresada había sido nombrada como profesora en una escuela cercana a la Granja.

En las vacaciones íbamos a Ibagué, donde Verónica Bonilla, la abuela materna, quien en cada Navidad reunía a su alrededor a los tíos Luis Gabriel, Rafico y Alberto, y a sus hijas que nos contaban cuentos: Marujita, Emita, Celmira y Gilmita.

A los abuelos paternos nunca los conocí, y de los maternos sólo a Verónica, de quien guardo un recuerdo de cabellos blancos en medio de su patio de helechos, el perfume de tierra limpia que venía desde la huerta milagrosa y el canto de sus pájaros, que también quedaron libres cuando los tíos y las tías se vinieron para Bogotá, la ciudad donde yo aprendí la magia de la lectura y por primera vez pude ver los ángeles entre las nubes.

Mi madre me enseñó a leer en la casa, pues seguía siendo maestra a pesar de haberse alejado de las aulas para dedicarse a la crianza de sus nueve niños. Yo estaba sentado en el quicio de una puerta que daba a un patio florecido, como el de la abuela, en una casa con estufa de carbón en la calle 66, de Chapinero, frente a un centro de salud que se llamaba El Rambán. Era un día por la tarde y mamá cosía en su vieja máquina Singer, y mientras las costuras seguían los pespuntos en las telas, ella me revelaba el secreto de la combinación de los signos para que dentro de la cabeza se comprendiera un significado.

Recuerdo perfectamente cómo ella me llevó poco a poco, con ternura, por ese camino del aprendizaje, para que en un juego sin imposiciones llegara a descifrar los signos secretos del mapa del tesoro. Estaba en la letra “C” de la *Alegría de leer* cuando apareció frente a mí la palabra “coco” y fue como un milagro.

Digo que es como un milagro esa sensación mágica de entender que esos caracteres venidos de tan lejos, del fondo del río de la historia, llegan a nosotros para poder apropiarse el mundo con la magia de la palabra. En cada niño que aprende a leer se repite la historia del conocimiento de la humanidad.

Entendí que en esos caracteres de “coco” estaba la semilla más grande que hay sobre la tierra, y lo que me pareció más hermoso y revelador, fue entender que también allí estaban la palmera, la playa, las olas, la sal, la brisa, las gaviotas, los peces, los barcos de vela en el horizonte, que iniciaban viajes hacia los mundos desconocidos, hacia el universo por descubrir.

Entendí que leer y soñar están ligados, y que hay siempre una magia al alcance de los niños, como cuando mi hermano Jaime y yo mirábamos las nubes acostados en la pequeña azotea de la casita en Chapinero. Pasaban elefantes por el cielo, y buques, y montañas y gigantes que cambiaban lentamente su forma. Entonces se corrieron las nubes y lo vimos:

—“Mire Kilo —era el apodo de Jaime—, ¿Si lo ve?”

—“Claro” —me respondió—, “es un ángel”.

Era un niño como nosotros, que nos miraba desde arriba, sonriendo con un par de alas. Un copo de nube desplazado por el viento cubrió aquel rostro que alcanzó a decirnos adiós con un movimiento de la mano, como cuando una mamá quita al niño de la ventana y cierra la cortina. Seguimos vigilando el cielo aquel día, y en una montaña blanca vimos dos figuras cubiertas de pieles, y concluimos que se trataba de Adán y Eva, ya fuera del Paraíso, errantes por los caminos del firmamento.

Mis hermanos también tomaron caminos distintos. Gustavo, el mayor, con quien íbamos los sábados a cines dobles, estudió Medicina y hoy es un prestigioso médico neurólogo —Premio Nacional en su campo—, investigador en la Universidad de Texas, en San Antonio; Jaime, quien fue primero ingeniero químico, es hoy un pastor cristiano que dirige una Iglesia en La Florida, Estados Unidos, donde tuvo



Celso soldador.

que refugiarse cuando se volvió objetivo militar de las guerrillas que nos sacaron de la tierra de El Caracolí; dos de mis hermanos son mellizos: María Helena del Socorro —Pili—, graduada en Trabajo Social y luego en Arte y Decoración, y Fernando Elías, quien siguió la línea naval del tío Enrique, y hoy tiene el grado de Almirante; Francisco José es Ingeniero Electricista de la Universidad Nacional y ha sido Premio Alejandro Ángel Escobar en Ciencia y Tecnología por sus estudios sobre la energía en los rayos y en la atmósfera, que prometen convertirse en una fuente alternativa de luz y fuerza para los países en desarrollo. María Victoria es artista dedicada a los telares y a los tejidos, con una gran sensibilidad para diseñar formas y combinar colores; Carlos Alberto es Ingeniero Civil de la Universidad Nacional y se ha especializado en el diseño de estructuras para la construcción. Queda Beatriz, educadora, cuya hija lleva el nombre de Verónica, como si cerrara mágicamente el círculo que se inició con la abuela de Ibagué.

Yo conformé un hogar con Patricia Gómez, una artista de ojos verdes, a quien conocí durante mis estudios de Bellas Artes en la Universidad Nacional en Bogotá, y con ella llegaron la dulce María José, quien estudió dirección de Cine y Televisión en la Nacional, con posgrado en Comunicación de la Universidad Javeriana, y la fuerte Valentina Fabia, estudiante de Filosofía y Comunicación, actualmente en Alemania. Las dos han heredado la sensibilidad artística de la mamá y la expresión con la palabra escrita del papá.

LA MEDICINA VETERINARIA

Al terminar el bachillerato, era uno de los jóvenes de clase media víctimas del estereotipo vendido por la publicidad y el cine, que no coincidía con el paradigma de tipo físico, y la manera de vestir y actuar impuestas por la moda. Estaba completamente fuera de onda, era una copia mal hecha, que había llegado a la adolescencia preguntándose frente al espejo:

—Con esta facha, ¿quién me va a querer?



Celso, Pati y Maco, Nueva York (1982).

Despertaba al amor, con todas las dificultades para expresar los sentimientos, buscando quién entendiera los universos que soñaba, o recibiera lo que ofrecía mi corazón.

El ingreso a estudiar en la Universidad Nacional me permitió ver una faceta de la vida que ignoraba desde el colegio, y que se puede denominar genéricamente “la realidad nacional”. Ahora estaba en un espacio para el debate de las ideas, abierto para la inconformidad frente a una sociedad en la cual la desigualdad social y la injusticia se manifestaban de muchas formas. Me crecía por dentro una gran rabia que dirigía contra la familia y luego contra mí mismo, empezaba a saborear la libertad, y fue allí donde inicié un camino de palabras, que se agruparon en cuentos, cuentos que anidaron en libros, hasta que poco a poco, después de una búsqueda difícil, pude encontrar el camino de la ternura. Tal vez se trataba de no oponer resistencia a lo que sentía por dentro, y empezar a cambiar y abrir el corazón como si fuera una flor que en la mañana se llena de rocío, y un día estuve listo para el encuentro con las hadas.

La ciencia Veterinaria me permitió conocer y comprender no sólo el funcionamiento de los organismos, sino las relaciones que establecen en un universo regido por los ciclos de la vida. Además de los poemas al sufrimiento de los caballos y el ganado donde los estudiantes practicábamos cirugía, quedó el amor por los seres grandes y pequeños, que con su sacrificio, sostienen nuestras vidas.

Allí estaban las semillas que germinarían después en los libros *Los amigos del hombre*, y *Claude Véricel, el amigo de los animales*, la historia del primer médico veterinario que vino a estas tierras, por la década de 1880, a intentar resolver el caso de la aparición de extraños nódulos en los intestinos de las reses sacrificadas en el matadero municipal de Bogotá, y quien se quedó en Colombia hasta el final de sus días, enamorado de esta tierra, tan llena de fantasía.

Empecé escribiendo para los compañeros de la Facultad, y en las cafeterías de la Universidad Nacional compartía con ellos los extraños sucesos que me imaginaba, como el del hombre que sale afanado de su casa, atraviesa la calle sin mirar, oye el frenazo, siente el golpe, cae, se lleva las manos a la frente y siente el torrente de sangre tibia. Es un hombre tímido y enemigo de los tumultos, se levanta rápida-



Celso y Maco disfrazados.



Celso y Jairo Aníbal.

mente, vuelve a casa, sube al baño, busca el espejo dispuesto a mirar la magnitud de los estragos de la herida, se mira, busca su cara en el vidrio pero el cristal miente: no refleja nada. Corre a la ventana, mira a la calle y ve allá abajo, frente al carro, su cuerpo inerte, rodeado de curiosos.

“Esas cosas tan raras nadie se las va a creer”, me decían después de leer esos cuentos enrevesados. “Los niños sí pueden creer en la magia”, fue lo que pensé y poco a poco dirigí mi corazón hacia un mundo mediado por la fantasía, pues en los más pequeños están no sólo las opciones de vida, sino el campo fértil para los sueños.

Al finalizar los estudios de Medicina Veterinaria inicié los de Bellas Artes, y entre muchas actividades desarrolladas en ese tiempo, colaboré en talleres de creatividad para niños y me sumergí en una incansable búsqueda a través de la lectura en la Biblioteca Central de la Universidad, sin perder nunca esa necesidad febril de soñar.

Navegué por los caminos de la literatura universal y especialmente por la del *boom* latinoamericano, buscando lo que podría denominar “la posibilidad de contar el mundo a mi manera”. Se trataba de “leer como escritor”, según dice Daniel Cassany, tratando de descifrar los secretos de los textos que me llamaban la atención, y persiguiendo como un sabueso el rastro que pasaba por el *Quijote*, el *Ulises* de Joyce, los autores norteamericanos de la llamada “generación entre dos guerras”—John Dos Passos, Ernest Hemingway y William Faulkner—, y mirando con lupa a Juan Rulfo, Ernesto Sábato, Mario Vargas Llosa, Octavio Paz, Gabo, Julio Cortázar, y todos los que en esos días nos pasaban ante los ojos como fulgurantes estrellas del firmamento de la literatura.

LA LITERATURA INFANTIL

No dejar de soñar empezó a ser la clave, y descubrí que por cruel y duro que fuera el mundo, la ternura podía transformarlo.

Con *Los amigos del hombre*, surgido de la infancia en el barrio Los Alcázares y la finca El Caracolí, más la conciencia universitaria sobre la desigualdad social, vino el premio Enka de Literatura Infantil, el cual me permitió corroborar que iba por el camino correcto. Luego descubrí magia en *Las cosas de la casa*, Premio de la Asociación Colombiana del Libro Infantil y Juvenil (ACLIJ), y hallé señales de amor en las tejas que en la noche oímos sonreír cuando las acarician las felpudas patas de los gatos enamorados. Había poesía en objetos tan cotidianos como una plancha, una licuadora, una fruta comprada con amor en el mercado. Esos sueños se volvieron libros nacidos de la mirada mágica a los objetos de la vida cotidiana: *Los animales domésticos y electrodomésticos*, *Los animales fruteros*, *El maravilloso viaje de Rosendo Bucurú*, *Elías Hoisoí*, *Fu, el protector de los artistas* y otros relatos, entre otros.

Así también han nacido unos catorce libros que, en su conjunto, recibieron en Costa Rica una de las Menciones de Honor de la Fundación José Martí para la Literatura Infantil. Algunos han llegado “con su galardón internacional debajo del brazo”, el último de los cuales es el Premio Latinoamericano de Literatura Juvenil Norma-Fundalectura para *El imperio de las cinco lunas*.

LAS BELLAS ARTES

Ellas aparecieron en mi vida cuando tal vez tenía unos cuatro o cinco años, el día que tomé un lápiz y en un pedazo de papel dibujé un pollito.

“Miren lo que hizo el niño”, dijo mi mamá, y como por carearme dijeron “ahora dibuje un perro”, y yo dibujé a Chispas, el perro *fox terrier* con bigotes de mi papá, quien siempre amó esos animales; luego pinté el gato y el caballo y el burro y la vaca y el conejo.

Tenía una gran facilidad para dibujar, y cuando me preguntaban que cómo lo hacía, simplemente decía que era fácil, pues no era sino mirar las líneas de por fuera y ponerlas en el papel. Cuando estuve enfermo de peritonitis, mientras mis hermanos y los niños del barrio jugaban en la calle, yo pasaba el tiempo dibujando con la primera caja de óleos y luego de acuarelas que me consiguió mi mamá, quien siempre tuvo un exquisito sentido para la forma y el color.

Me gustaba pintar las islas de los exploradores, un tigre sobre un antílope que acababa de cazar, y escenas de venados de grandes carameras en la montaña, y pantanos con perros llevando los barraquetes, patos migratorios que mi papá solía cazar en la laguna de La Herrera, adonde lo invitaban sus amigos ganaderos.

Esa habilidad para el dibujo se manifestó completamente en mis cuadernos del colegio, que yo ilustraba por mi cuenta —especialmente el de ciencias naturales—, y que cuando fue descubierto por el padre Silverio, profesor de la asignatura, lo mostró a todos los niños como un ejemplo de lo que era un verdadero álbum del naturalista. Yo era muy tímido y sentía una extraña vergüenza, y cuando un compañerito de curso me dijo que si se lo regalaba, yo no me atreví a decirle que

no, y así perdí ese tesoro que yo había elaborado con mucha paciencia. Todavía me duele no haber dicho que no, y eso es algo que todavía me suele suceder.

Acaso no poder decir que no fue lo que me hizo estudiar la misma carrera de mi padre, y cuando la terminé, seguí con las Bellas Artes, pero el camino se volvió a bifurcar y no me fui para París, como alguna vez lo había soñado. El rumbo fue Nueva York.

PRATT INSTITUTE, BROOKLYN, NUEVA YORK

Una vez finalizados los estudios de Bellas Artes en la Universidad Nacional, coincidieron dos hechos: la obtención del Premio Enka para *Los amigos del hombre*, y mi selección como candidato por Colombia a una beca de la Comisión Fulbright para Intercambio Educativo en los Estados Unidos. La otra opción que tenía en mente era la Escuela Nacional de Bellas Artes en París, pero las condiciones en Nueva York me permitían lo suficiente para viajar con Patricia, quien ya era mi esposa, y María José, nuestra primera hija.

El día que iba a reclamar mi diploma a la Universidad, la carrera 30, paralela al gran canal del río Salitre, estaba bloqueada por la toma de la guerrilla del M-19 a la Embajada de la República Dominicana. Escuchando el tiroteo pude comprobar que, de las múltiples formas de lucha, la mía debería ser por el camino del arte y la literatura.

Al siguiente semestre ya estaba inscrito en el Instituto Pratt de Brooklyn, Nueva York, para iniciar mis estudios de dos años y recibir el título de Master Fine Arts. Fue una experiencia fundamental, pues la vida en el exterior nos permite afianzar el sentido de latinidad: la frontera entre colombianos, venezolanos, peruanos o centroamericanos se disuelve y todos pasamos a *ser* “hermanos unidos por el mismo lenguaje, y los sueños de una vida mejor en países separados por las fronteras de los problemas comunes”, como me dijera un artista puertorriqueño en Nueva York.

Pati y yo vivíamos con María José en un apartamento de estudiantes casados, y podíamos disfrutar del placer de la creación, tanto literaria como estética, con los viernes dedicados a recorrer galerías y museos, llevando a la niña —a quien todos llamaban Amiguitos— en un arnés tipo canguro, mostrándole las obras del Guggenheim, del Museo de Arte Moderno, del Metropolitano, incluso del de Historia Natural, del Museo del Hombre Americano, en cineclubes en las universidades y en el teatro de Cine-Arte en Bleecker Street en el Village, para después comer una *pizza* neoyorquina y regresar, cansados y felices al apartamento en Pratt.

Fueron días muy, muy felices, pues Pati tomaba clases en The Art Students League, e incluso vimos a Rulfo en la Universidad de Columbia, donde estudiaban periodismo nuestras amigas Clapa Perdomo y Patricia Gómez. Tuvimos la oportunidad de vernos en uno de los pasillos de Columbia con ese hombre que destilaba dulzura, y le regalamos una de las pequeñas esculturas de vacas criollas que le había hecho a María José que era “como la vaca que se ahogó, la de la dote de la Tacha”, en su cuento *Es que somos muy pobres*. Él la miró con ternura, como un niño que saborea un juguete y dijo que estaba preciosa, luego nos autografió un libro para María José, se abrieron las puertas y exclamó “ahí viene la marabunta”. Era la multitud que se lo llevaba para siempre.



Con Gabo en Cuba, 2001.

Una semana después, estábamos viendo cómo la primavera reventaba de flores el Jardín Botánico de Brooklyn, y nos dimos cuenta que también teníamos el corazón florecido.

El tiempo feliz en Nueva York voló y de nuevo en Colombia, ingresé como profesor de escultura a la Facultad de Artes de la Universidad Nacional, hasta el día en que me invitaron al Taller Internacional de Escritores de la Universidad de Iowa, en los Estados Unidos, y esa fue la pepita de oro que inclinó la balanza hacia el lado de la literatura.

ESCRITOR, SÓLO ESCRITOR

Más que tardío, creo que soy un escritor atípico, pues no vengo directamente del mundo de las letras, sino de la Medicina Veterinaria y de las Bellas Artes. El camino que he recorrido ha sido de una búsqueda intuitiva y no tan sistemática como la de quienes han ingresado en facultades de literatura y se convierten en hábiles diseccionadores de textos. Durante mucho tiempo sentí eso como una “desventaja comparativa” hasta que me encontré con Santiago Gamboa en su cuasi-autobiográfica obra *Vida feliz de un joven llamado Esteban*, en la que despotrica de las facultades de literatura que muchas veces, antes que educar, lo que hacen es atrofiar jóvenes talentos y crear unos engendros de profesores de literatura que pelean en las universidades públicas y privadas.

Como profesor en la Facultad de Artes me propuse hacer dos cosas cada año: escribir un libro y hacer una muestra de esculturas. Yo me había graduado presentando un trabajo de grado consistente en una exposición de esculturas en metal sobre la tortura. Se iniciaba con la detención de los presos —esas figuras humanas de hombres y mujeres en línea con las manos en la cabeza, o recostados contra muros de

infamia mientras los requisan—. Luego, seguían los procesos de figuras encapuchadas, de manos atadas adelante y atrás, y continuaba con bultos informes en los cuales apenas se adivinaban unas manos o una cabeza desbaratadas por la golpiza. Finalmente, quedaban masas amorfas entre rejas. Eran chatarras oxidadas, ominosas.

Recuerdo que en esa exposición me dijeron que un médico quería conversar conmigo. Se trataba de uno de los miembros de una comisión de los Derechos Humanos que investigaban las torturas en la Argentina, quien me dijo que había quedado muy conmovido por esa muestra, pues algunos de los torsos coincidían con los casos clínicos de prisioneros que anulaban la sensibilidad de algunas partes de su cuerpo después del trauma de la tortura y quedaban paralizados. Me llevó a una de las figuras colgadas de los brazos y recortada al inicio de los muslos: “desde aquí exactamente una mujer negaba su cuerpo”. Yo no pude decirle nada. ¿Acaso iba a decirle esa frase cliché de que la vida imita al arte, cuando se trataba de la tortura y la muerte? Preferí quedarme callado, es que tampoco tenía palabras.

Tal vez fueron tres años en la Facultad durante los cuales pude cumplir mi promesa de una exposición y un libro, pero cuando fui nombrado Director Curricular de Bellas Artes y Posgrado en Grabado, las cosas se me complicaron porque la demanda del tiempo burocrático, los interminables Consejos Directivos que se sabía cuándo empezaban pero jamás cuándo acababan, empezaron a sacarme de quicio. De quicio, de quicio y de quicio.

La cosa se complicó cuando en un Salón Nacional de Artistas uno de mis estudiantes me preguntó: “¿Maestro, y usted no presentó obra?”. La respuesta fue “no” y la alarma me sonó por dentro. Después me encontré un escultor que había sido mi profesor en la Facultad de Bellas Artes, y me contó que estaba haciendo “las vueltas de la jubilación”. Esa fue la gota que rebosó la copa del destino, pues me vi en esa circunstancia, devorado por la burocracia, con los sueños colgándome de la cintura como los patos muertos que traía mi papá después de sus cacerías en la laguna de La Herrera.

Lo que inclinó la balanza fue la carta de invitación a postularme como uno de los candidatos por Colombia al Taller de Escritores de la Universidad de Iowa. Recuerdo que hacía algún tiempo, al terminar de leer el libro *Palinuro de México*, de Fernando del Paso, al final había una nota de agradecimiento a ese taller, y recuerdo con absoluta claridad que dije: “me gustaría estar allí”.

Se lo pedí a la vida y la vida me lo dio. Salí seleccionado y antes de tres meses estaba rumbo a las grandes llanuras, la tierra que había sido de la nación *sioux*, la gente de las praderas, los hermanos del caballo y del bisonte. Allí fui a parar y compartí habitación con Georges Hausemer, escritor de Luxemburgo. Éramos cuarenta los escogidos, de Europa, Asia y América, todos de países distintos, con el oficio común de la literatura y la comunicación en lengua inglesa.

Esa experiencia fue reveladora y transformadora, las sensibilidades del mundo allí reunidas, con el compromiso de escribir un libro, y dictar conferencias para estudiantes universitarios de lengua española, allí en Iowa, donde me hice amigo del poeta de Nigeria Niyi Osundare, del argelino Mohamed Magani, de Angélica Gorodisher, de Argentina, de Felipe Valenzuela, de Guatemala, y del finlandés, del polaco, del filipino, del poeta de la China y de la novelista coreana, hasta sumar cuarenta conmigo, lo cual, definitivamente, hizo balancear el platillo de mi vida hacia el lado de la literatura.

Luego siguió un periplo que nos llevó a lo largo de casi un año por Chicago, Nueva York, San Francisco, Los Ángeles, San Louis, Jackson en Mississippi, para visitar la casa de William Faulkner, su condado mágico de Yoknapatawpha, y Santa Fe, en Nuevo México.

El *Libro de las ciudades* fue el resultado de ese viaje por los Estados Unidos: la ciudad del Dragón es San Francisco con su barrio Chino; la ciudad del caballo está en las praderas, y la ciudad de las Torres Desiguales es Chicago, cada una tiene su contraparte en esa experiencia.

Un regalo de la vida, completo, atendidos como profesionales de la palabra y con viáticos en dólares que permitieron ahorros. La suerte estaba echada, al volver a Bogotá después de esa experiencia, renuncié a la Facultad de Artes de la Universidad Nacional, Alma Mater a la que agradezco haberme destetado de la actividad burocrática. Quedaba por ver qué me iba a poner a hacer mientras se acababan los ahorros.

Los defensores del arco iris vinieron al rescate. Era el tiempo de la pedagogía ambiental.

ENSEÑAR CON LA ESCRITURA

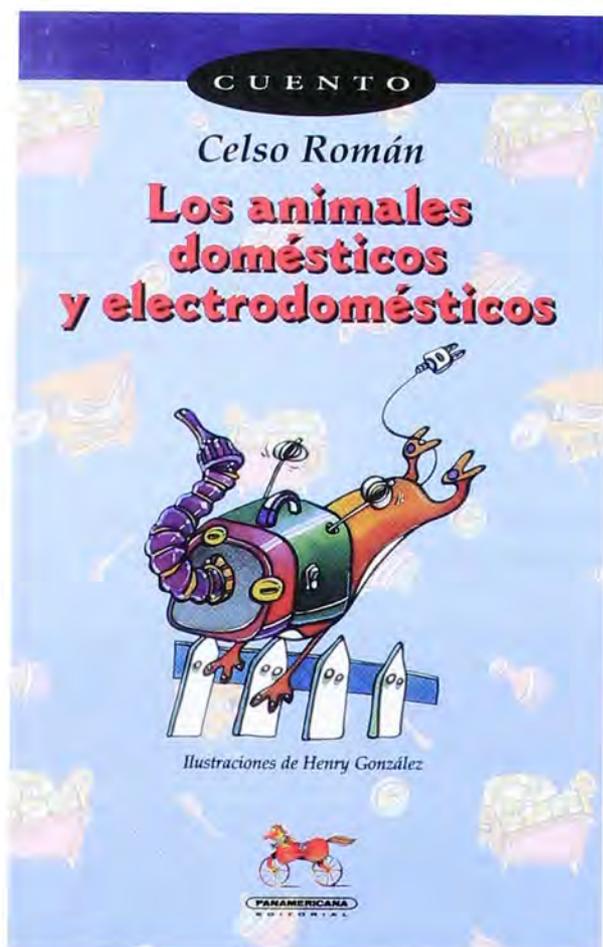
El libro escrito en los Estados Unidos —*Entre amigos*— recibió el Premio Bogotá Capital Iberoamericana de la Cultura, y coincidió con la renuncia al cargo en la Universidad Nacional. Los tiempos que siguieron fueron difíciles, pero entre los trabajos que salieron estaba el del grupo creativo del álbum para niños *Los defensores del arco iris*, de la Fundación RenaSer, dirigida por Elizabeth de Rodado, quien me pidió que le hiciera la adecuación literaria del guion científico propuesto por Tomás Estévez.

De esa experiencia surgió un grupo de trabajo llamado El Taller de la Tierra, una organización no gubernamental, sin ánimo de lucro, dedicada a la educación ambiental y a la promoción de una mejor relación entre los seres humanos y la naturaleza. Somos muy optimistas, pues su lema es “ambientalmente hablando, reparamos planetas”. Recién creado, el Taller logró algunos contratos con diversas empresas que, a raíz de la Constitución de 1991, fueron obligadas por Ley a prestarle atención al impacto de sus operaciones sobre el entorno natural. En esas circunstancias mi oficio fue crear textos que contextualizaran conceptos científicos o ambientales. Allí surgió lo que yo llamo “sastrería literaria” o “textos sobre medidas”, una aplicación pedagógica de la palabra, y que considero válida en la medida en que se puedan crear cuentos, mitos o leyendas que expliquen, mágicamente, el mundo que la ciencia aborda de una manera directa y a veces un poco fría.

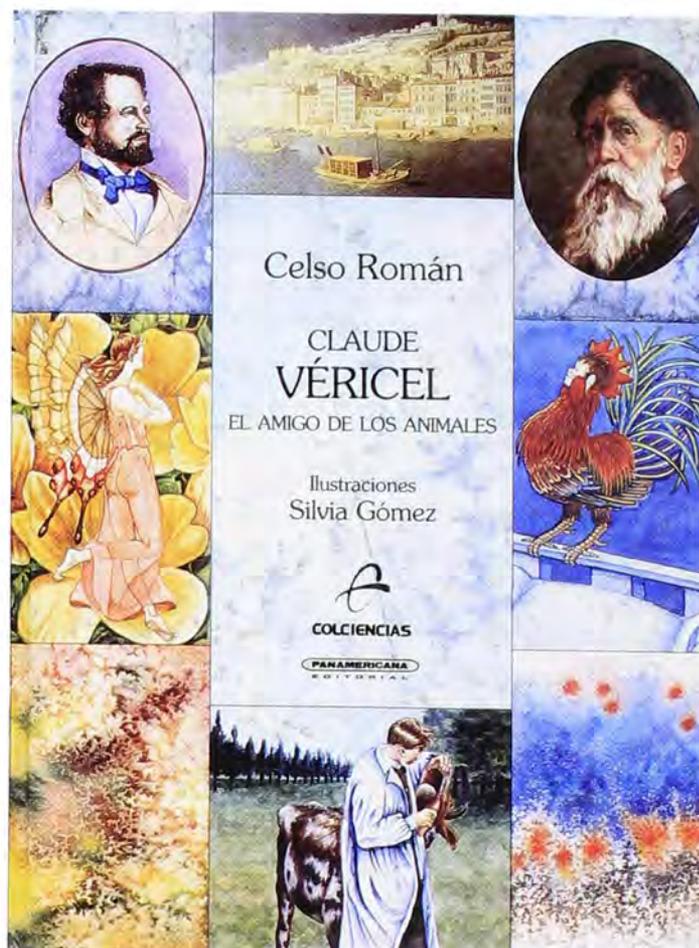
LOS CUENTOS Y LA EXALTACIÓN DEL ENTORNO

Este trabajo me permitió desarrollar paralelamente mis libros y seguir profundizando en los cuentos. Julio Cortázar, haciendo una analogía entre el boxeo y la literatura, decía que el cuento gana por nocaut, mientras que la novela gana por puntos.

Desde los tiempos de mis primeros escritos, el cuento, directo y contundente, ha sido de mi predilección por su capacidad de síntesis y su facultad de crear universos inmediatos; incluso, pienso que una novela debe ser de pequeños capítulos, contundentes



Los animales domésticos y electrodomésticos.



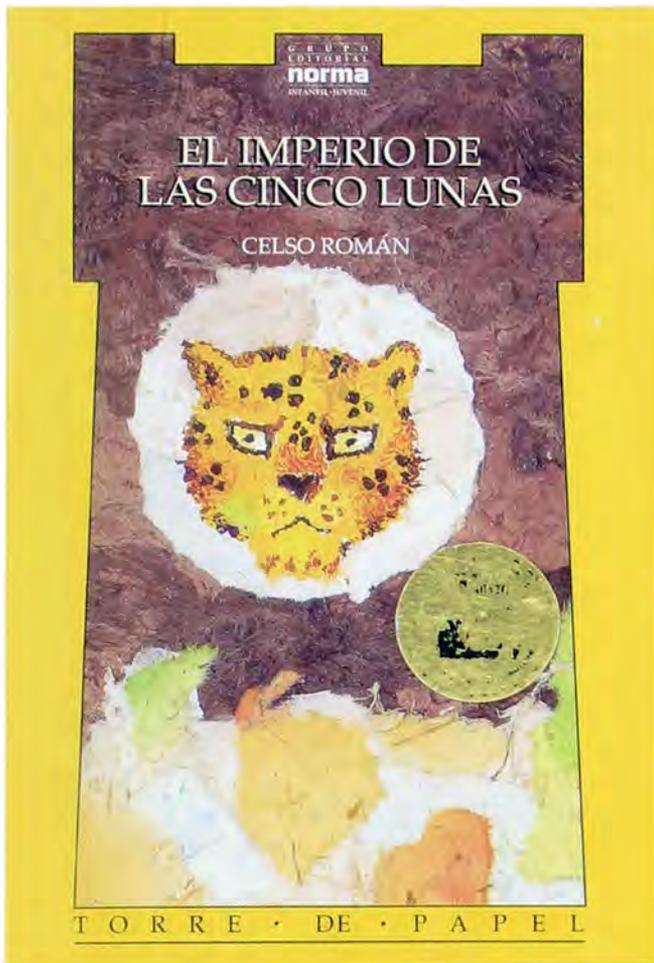
Claude Véricel. El amigo de los animales.

como cuentos cortos, para llevar al lector hacia la idea del escritor como un pez agarrado del anzuelo. Eso fue lo que me propuse con *El imperio de las cinco lunas*, una novela para jóvenes, de casi 350 páginas, ganadora del Premio Latinoamericano Norma-Fundalectura, el cual es un manifiesto de mi pasión por la naturaleza.

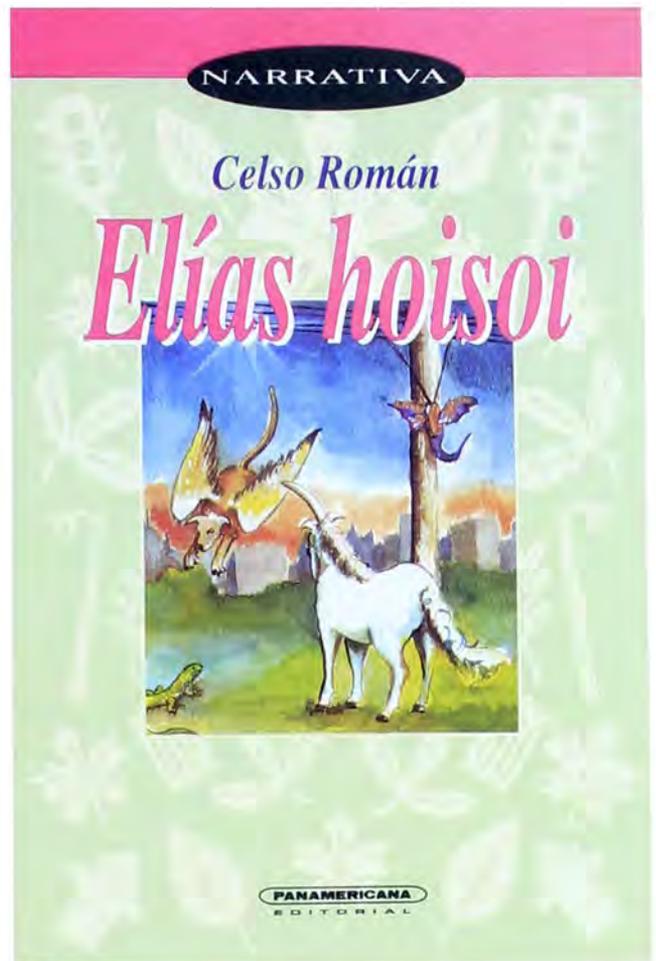
Es precisamente en ese libro donde se evidencia mi apasionamiento por la vida en todas sus formas, resultado de haber recorrido este país a lo largo de doce años con el trabajo ambiental, desde la Guajira —el desierto wayú— y la Sierra Nevada de Santa Marta —Chundúa, la nevada, Citurna, la montaña entre las nubes—, hasta los ríos Amacayacu —El río de las Hamacas— y Javarí en el Amazonas, y desde las llanuras de Orocué en la Orinoquia —la tierra de la nación guahibo— hasta el río Atrato —Choromandó de los embera katio— y nuestros valles cordilleranos y las mesetas del altiplano en el centro del país.

Cada uno de estos viajes, con sus paisajes, sus gentes, sus bondades y tristezas, era consignado en las libretas de apuntes, acaso a la manera del Édouard André de mi infancia, y de allí salieron muchas ciudades imaginadas, paisajes reinventados para la literatura, en un universo que es este mismo país visto a través de la lente de alguien a quien le duelen el deterioro natural, la violencia y los estragos causados por una cultura de la rapacidad humana sobre Pacha Mama, la Madre Tierra de nuestros antepasados indígenas.

Mi amor a la naturaleza se desprende del dolor de haber visto cambios que se me antojan brutales. Desde los tiempos en que llegábamos al pueblo de Viotá y tenían listas las cabalgaduras para subir a la hacienda de los abuelos he visto cambiar el mundo. En épocas de vacaciones Tavo y yo buscábamos rumbos distantes: así fui-



El imperio de las cinco lunas.



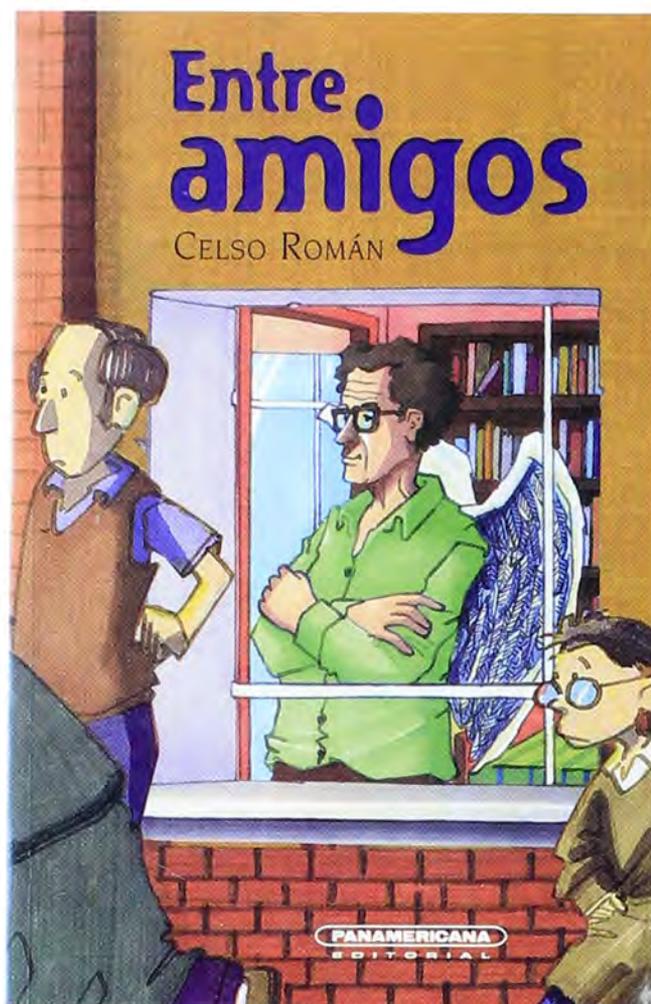
Elías hoisoi.

mos a la Sierra Nevada de Santa Marta donde el tío Alberto Campos tenía una gran hacienda llamada Golconda, muy cerca del pueblo de Chimila o La Colonia; allí en las tardes se escuchaba el grito de los monos aulladores, todavía rondaba el jaguar y en el camino hacia la ciudad se cruzaban los saínos, los ñeques y las bandadas de pavas, paujiles y guacharacas.

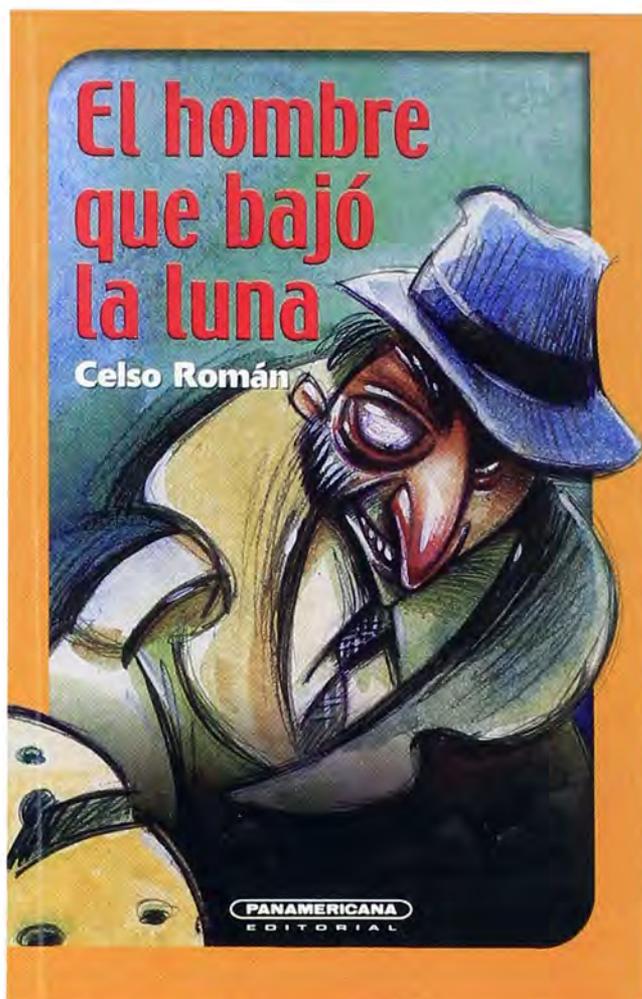
Cuando íbamos al Guarataro, en Aguazul (Casanare), donde el tío Eduardo Román, con el primo Guillo salíamos en un *jeep* Willys con dos escopetas y regresábamos con torcazas y perdices suficientes para llenar una nevera.

Pero años después, al retornar en viajes de educación ambiental, encontré el mundo transformado: los bosques se acabaron, y con ellos se fueron los animales y el agua; la agricultura tecnificada de arrozales mantenidos con agroquímicos acabaron con la fauna. Me daba la impresión de que por todo el país “la mano del hombre había puesto la planta del pie”, como dijo José Kattán, el fotógrafo de naturaleza, y es el dolor por la extinción de la fauna que siente en la piel del alma mi amigo John Humberto Madrid, el biólogo que me permitió alzar un jaguar en el Zoológico de Medellín.

Hemos olvidado el amor a la Tierra, y con ese abandono llegan la indiferencia y el odio que destruyen todo por dinero. En eso consiste el deterioro ambiental que ahora tiene tan preocupado al mundo con toda esta ventolera del calentamiento global, que a veces parece una cuenta de cobro que nos pasara el planeta. Incluso mi proyecto de un bosque propio está temporalmente detenido por cuenta de la violencia en el campo, pero confío en que un día podamos volver a recuperar ese sueño.



Entre amigos.



El hombre que bajó la luna.

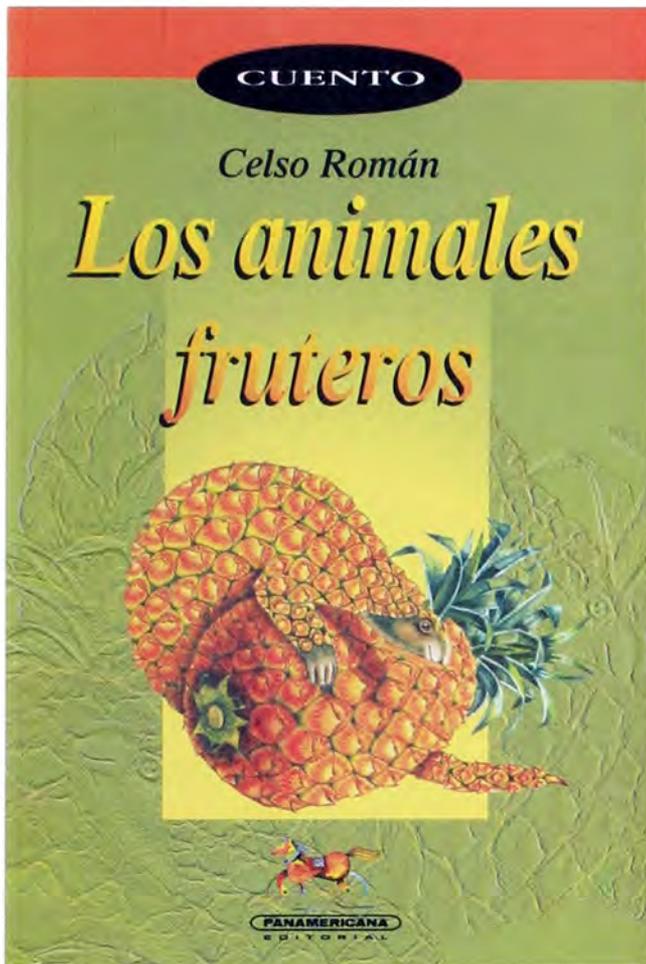
También hemos olvidado que con los animales y los árboles somos hermanos y que todos compartimos la Tierra. Por eso sigo escribiendo, porque con la palabra podemos generar conciencia para así cambiar nuestra relación con la naturaleza.

EL OFICIO DE RELATAR EL UNIVERSO

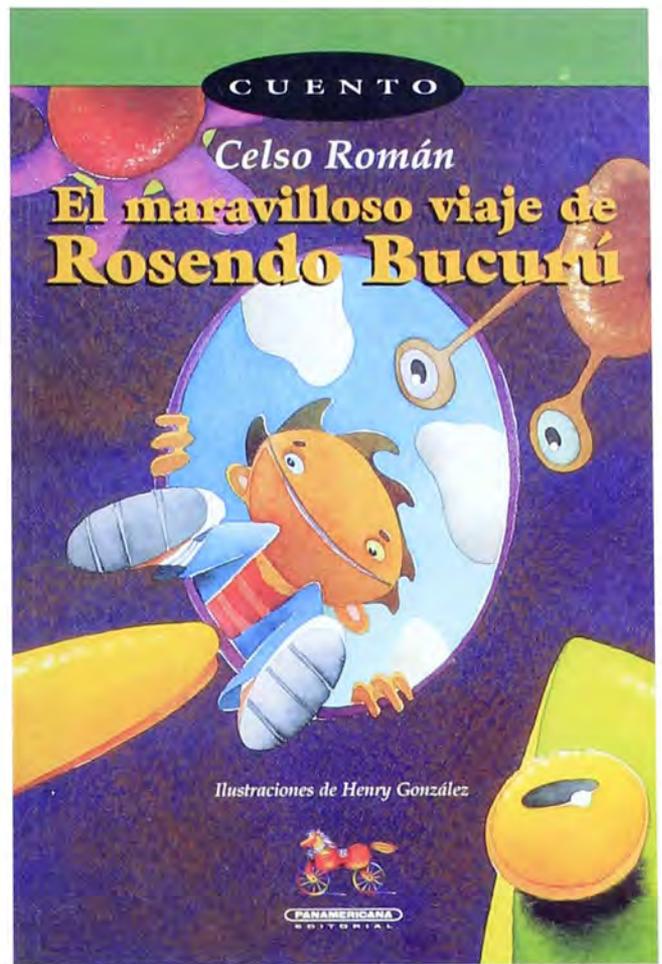
Llevo siempre conmigo libretas de apuntes, y prefiero escribir en los espacios de la noche profunda. Suelo decir que llevo una vida doble: en el día soy un honesto educador ambiental, y en la noche soy un alma perdida de la literatura, que tiene un espacio para la creación en un lugar que he dado en llamar “El palomar de la Patria”, donde empiezo a escribir desde las tres de la mañana hasta las siete, cuando no suenan los teléfonos y se puede entreabrir la ventana para que entren los sueños de la gente a contar sus aventuras y desventuras.

Allí me acompañan antiguos recuerdos del abuelo Celso, palabras de mi padre y ternura de mi madre a pesar de los años que llevan de haber fallecido, y que quizá me ayudan a no desfallecer en esto de la creación literaria. También me acompañan los mitos, las leyendas y los cuentos.

He tratado de ser consecuente con los temas que me interesan, y es por eso que he recopilado libros de mitos y leyendas de diversos continentes y culturas. La explicación mágica del mundo siempre será válida, independientemente del tiempo en que vivimos, y por eso he seguido el rastro a los recopiladores de cuentos, desde



Los animales fruteros.



El maravilloso viaje de Rosendo Bucurú.

los hermanos Grimm, Hans Christian Andersen, Charles Perrault, además de *Las mil y una noches*, y los cuentos populares italianos de Italo Calvino, entre otros, además de los autores de relatos para niños, de manera que siempre tenga una perspectiva amplia de lo que se produce en el país y en el exterior.

En este presente de mi vida siento que me falta tiempo para todo aquello que todavía debo leer y escribir para continuar en este camino de la palabra; viajo en estos tiempos de guerra y de dolor con el corazón abierto al amor por la vida, única alternativa para darle un nuevo destino a este país tan hermoso y dolido, tan diverso e injusto, y no pierdo la esperanza en que en un futuro —ojalá cercano—, todos los seres humanos podremos vivir en armonía, en un mundo donde seamos amigos de los árboles y de los seres reales e imaginarios que habitan los bosques, las ciudades, y nuestras casas de la vida cotidiana. Un día hemos de encontrar ese equilibrio llamado felicidad.

Será como devolverle la vida al jaguar de mi primer recuerdo de la infancia, tenerlo en los brazos y liberarlo en los bosques que habremos vuelto a plantar. Entonces ningún niño tendrá necesidad de llorar por los jaguares sacrificados.

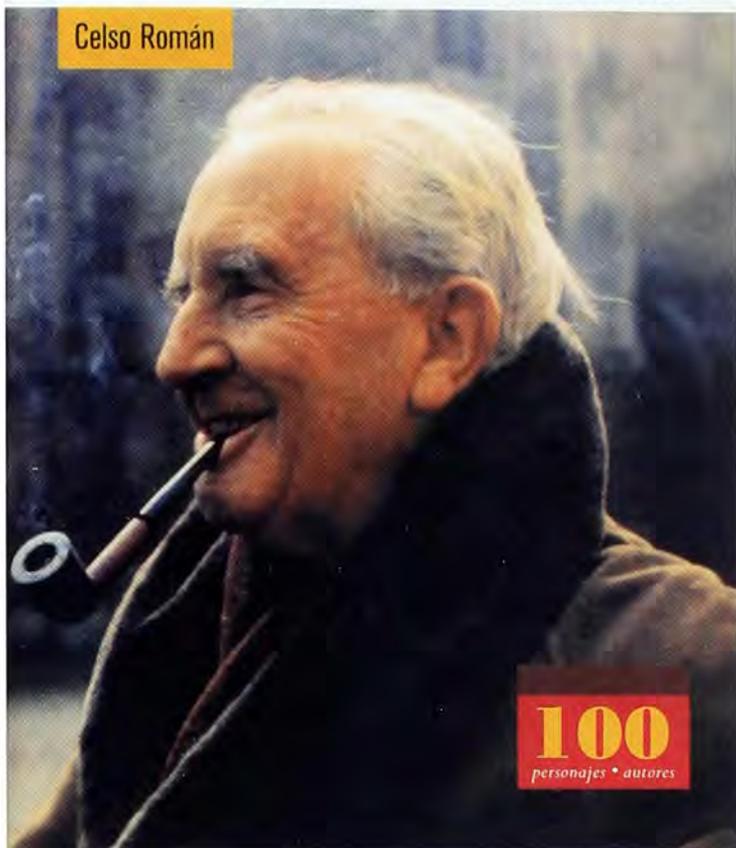
Ilustrando mis libros

La cercanía a las Bellas Artes me indujo a ilustrar algunas de mis obras, pero con el tiempo me di cuenta de que como autor tengo una idea demasiado fija y tal vez pre-

J. R. R. Tolkien

Señor de magias, creador de universos

Celso Román



J. R. R. Tolkien.

concebida de las imágenes, y eso me vuelve demasiado literal y figurativo con respecto al texto. Cuando un ilustrador —escogido por la editorial— se acerca a mis textos, hace una interpretación del mismo y vierte, en lenguaje gráfico, el lenguaje escrito.

Cuando no escribo

Antes de que nos sacaran corriendo de la finca los señores —es un decir— del frente 42, estaba sembrando árboles, podando o cuidando plantas, alimentando algunos animales de granja. Ya no se puede, entonces quedo reducido a consentir algunas plantas en macetas. Alguna vez viví en la finca haciendo esculturas en un galpón que tuvo gallinas ponedoras, fueron tiempos de trabajar el metal y descansar nadando en el río Calandaima.

Mis lecturas

Estoy encantado con *Árbol y hoja*, de Tolkien, en el que explica la relación entre lo real y lo fantástico en literatura; al mismo tiempo, estoy con *El río*, de Wade Davis, un naturalista que vino a nuestras selvas a finales del siglo xx y se deslumbró con la magia de lo que todavía nos queda. Acabo de encontrarme en un aeropuerto un diccionario de Raíces griegas y latinas que me aclara el porqué de mu-

chos nombres científicos de plantas y animales, y un libro de mi tema esencial: *El cuento tradicional*, en edición de Antonio del Rey Briones, con las funciones de Propp y una buena antología del 2007.

Los libros que me llevaría a una isla desierta

Esenciales, y si no se puede más, el *Quijote*, *Las mil y una noches*, *Cien años de soledad*, los cuentos populares italianos de Italo Calvino.

La música y la escritura

Me acompañan todo Mozart, Händel y Vivaldi cuando estoy feliz; para la fuerza Beethoven y Juan Sebastián Bach. En otras oportunidades tengo una buena colección de ópera, y cuando estoy criollo y latino tengo música llanera y unas joyas de las rancheras de la Revolución mexicana.

La poesía

Confieso que de vez en cuando me asalta el virus, y la he dejado para que se mezcle sutilmente en la prosa y salga poco a poco, como una flor que de pronto se asoma en un prado. Pero ya quisiera tener la sensibilidad, la sutileza y el dominio de la palabra que tiene mi amigo Jorge Cadavid, el entomólogo y naturalista de los universos soñados.

Novela para adultos

En este momento estoy asumiendo ese reto, considerando que muchos niños, lectores de mis libros, ya son una generación de hombres y mujeres a quienes también puedo dirigirme teniendo muy claro que algunas categorías de la literatura son límites artificiales. Con mi compadre Jairo Aníbal Niño y con Triunfo Arciniegas alguna vez llegábamos a la conclusión de que sólo hay dos clases de literatura: *la buena y la mala*. Luego seguimos brindando por eso.

Por el momento está por salir en la Editorial Norma *Jaguar de luz y águila de fuego*, una novela corta, primer tomo de la trilogía en la cual *El imperio de las cinco lunas* es el segundo volumen.

Panorama de la literatura nacional

Alentador por la cantidad de nuevos nombres, sobrecogedor porque viene algo grande ahora que se supera “el espectro Gabo”. La nueva generación ha matado al padre, como en su tiempo lo hicieron los del *boom* latinoamericano.

Los animales domésticos y electrodomésticos

Lo leen muchos niños, y es un libro que ha permitido llenar de fantasía las casas. Lo más hermoso es que es el libro preferido de una niña de la zona tugarial de



Celso con el jaguar.

Ciudad Bolívar, quien le tomó una foto como parte de un trabajo hecho por un grupo de franceses que dieron cámaras a los niños para que retrataran sus vidas.

Si no escribiera para niños

Indudablemente sería guardabosques, cuidador de árboles y animales en algún remoto parque nacional.

Jairo Aníbal Niño, Irene Vasco, Triunfo Arciniegas

Son los trabajos de compañeros y compañeras de navegación en este difícil mundo del presente: me gustan y hemos compartido muchas cosas, no sólo con ellos, sino con Yolanda Reyes, Pilar Lozano y Luis Fernando Macías, además de un grupo de nuevos nombres que vienen a esta nave a seguir remando hacia el futuro por los mares de la vida.

El mundo editorial y la lectura infantil en Colombia

A partir de los Premios Enka, los grupos editoriales vieron un filón que no han desaprovechado, pues hoy prácticamente todos tienen una división de literatura infantil y juvenil, con listados de autores nacionales e internacionales, así como secciones de promoción y divulgación en el sistema educativo oficial y privado, en las Ferias del Libro y en las Vitrinas Pedagógicas, donde se ofrecen colecciones para surtir las bibliotecas escolares.

Todo eso ha contribuido a divulgar los libros y a crear entre los niños y jóvenes una cultura de la lectura, lo cual es a todas luces positivo, reforzado por el auge de las

nuevas Bibliotecas Mayores como El Tintal, Virgilio Barco, y El Tunal, en Bogotá, y la excelente labor de entidades como Fundalectura, Asolectura Letra, Viva, Taller de Letras, y las Cajas de Compensación que promueven el amor por el libro en todo el país.

El cine y la literatura para niños

Muchas veces se ha querido establecer una rivalidad entre el libro y los medios audiovisuales, pero esa discusión queda zanjada cuando se comprende que el acto de la lectura es tan personal e íntimo como el amor mismo, pues es en la mente del lector donde la palabra *construye realidades*, que serán tan ricas y diversas como el bagaje de palabras que quien lee tenga en su cabeza.

En algunas oportunidades he podido manifestar esto a los estudiantes, ya que muchas veces los jóvenes prefieren ver una película que leer un libro, pero es necesario tener en cuenta que el cine nos muestra la interpretación del texto escrito que hace el director. Cuando uno lee, *es uno mismo quien hace la película en la intimidad de la lectura*.

Celso Román, el hombre

Un tipo con tendencia a la ternura y la ensoñación, a quien le cuesta trabajo decir “no”, y que le gustaría vivir en el campo, con fuertes raíces en el pasado, “ese otro país donde las cosas son diferentes”, añorando los grandes bosques de robles en Viotá, dibujados por Riou en 1800, altos como columnas de una catedral, las selvas primigenias que fui a buscar al Amazonas y encontré que los árboles de cuatrocientos años los habían derribado el siglo pasado, las dantas y los jaguares que ya no tienen dónde vivir.